

DOCUMENTOS

JAPÓN Y MÉXICO EN UN SERMÓN

ALFONSO MARTÍNEZ ROSALES
El Colegio de México

Lugar y ocasión

CAMINANDO POR la calle actualmente nombrada de Madero en el centro de la ciudad de México, a un paso de la Torre Latinoamericana se encuentra el Templo Expiatorio Eucarístico Nacional de San Felipe de Jesús, más conocido como San Felipe.

Esta iglesia fue estrenada y dedicada solemnemente al culto el 5 de febrero de 1897, día de la fiesta del santo titular y del tercer centenario de haber sido sacrificado en Japón. Desde entonces luce su torre con aguja neogótica sobre la fachada neorrománica y en su interior conviven bóvedas vahídas y nervadas de progenie barroca, flotantes sobre la planta basilical, con decoración neobizantina; rara cenefa circundante de mosaico romano con vitrales estilo *art-nouveau*; maderas con celosías geométricas de ascendencia árabe y un órgano de flautas plomizas con grandes pinturas. Es decir, la cumbre de la época del porfiriato se refleja en esta iglesia, ahora monumento histórico y ejemplar sobreviviente del caudal del eclecticismo.

La fiesta incluyó un sermón panegírico predicado por el célebre obispo de San Luis Potosí, don Ignacio Montes de Oca y Obregón, que es el asunto que nos ocupa.¹

¹ José Franco Ponce, *Ipandro Acaico o Monseñor Montes de Oca y Obregón, Arzobispo de Cesarea del Ponto, Obispo de San Luis Potosí*, Homenaje a su memoria por el Dr. y Mtro. Pbro... graduado en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, Méxi-

El personaje

El señor Montes de Oca es una de las figuras más controvertidas del último siglo y medio de este país. Sus admiradores y panegiristas forman una legión y sus detractores otra. Tanto en vida como en muerte lo rodearon y rodean el encomio y la injuria, sin que unos lo bajen del pedestal y otros no logren ocultarlo para siempre bajo el peso de su espléndido sepulcro.²

Nació en Guanajuato en 1840 y murió en Nueva York en 1921, procedente de España y en camino a San Luis Potosí después de siete años de destierro. Entre ambos polos su vida discurrió como una brillante cadena, cuyo escenario geográfico se esmalta con nombres distantes y cercanos y famosos y discretos. Teniendo en cuenta las dificultades de viaje en esas épocas, sobresalen la ciudad de México, Londres, Roma, Miramar, Jerusalén, Ciudad Victoria (Tamaulipas), Linares y Monterrey (Nuevo León), San Luis Potosí, Atenas, Perugia, Florencia, Carlsbad, Tokio, París, San Petersburgo, Saint Louis Misuri, Corpus Christi, San Antonio (Texas), Nueva Orleans, Burgos, Madrid, Sevilla y Jerez.

En esa inmensidad descolló siempre, pues su vida fue un continuo pasar de triunfos, como hasta hoy se ha repetido. Falta pintar el contraste que permitió ese brillo. A tan grande admiración y a tal animadversión corresponde, naturalmente, una vida magnífica y una obra deslumbrante.³

co, Agencia Eclesiástica Mexicana, 1921, *passim*, ejemplar de la Biblioteca Nacional de México; Aureliano Tapia Méndez, *El diario de Don José Ignacio Montes de Oca y Obregón —Ipandro Acaico—*, Monterrey, Producciones Al Voleo-El troquel, 1988, *passim*.

² En España sobresalió por su difusión y virulencia Antonio de Valbuena (Miguel de Escalada), *Ripios ultramarinos, por... (Montón 2º)*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, Calle de Preciados 48, pp. 5-58; en México se distinguió por atacar a un Montes de Oca anciano, ciego y desterrado un autor E. Levé, a quien festejan Ramón Alcorta Guerrero y José Francisco Pedraza Montes, *Bibliografía histórica y geográfica del estado de San Luis Potosí*. Por... Tacubaya, Mexico, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1941 (Publicación núm. 60), p. 78, núm. 162.

³ Véase Rafael Montejano y Aguiñaga, "Bibliografía de Don Ignacio Montes de Oca y Obregón", en *Archivos de Historia Potosina*, vol. I: 1 (núm. 1) (jul.-sep. de 1969), pp. 49-97, ils.; y del mismo autor "Montes de Oca y Obregón, Ignacio (1840-1921)", en *Biobibliografía de los escritores de San Luis Potosí*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1979 (Serie: Bibliografías 6), pp. 236-257.

Fue, pues, este personaje quien abordó el púlpito de la iglesia de San Felipe de Jesús de México aquel 5 de febrero de 1897 para atronar con su voz las nuevas bóvedas y conmover los espíritus predicando el sermón panegírico del santo.

El orador

Al señor Montes de Oca se le recuerda y se le admira, o se le ataca por las distintas facetas de su vida: noble, egregia y rica familia guanajuatense; dotes personales de excepción; educación refinada; gran presencia física; don de mando; influencia moral; capacidad administrativa; don de lenguas; brío y eficiencia continua en sus actos; sensibilidad artística; carácter sacerdotal y episcopal; apostolado misionero; temperamento batallador; amistad con personajes de alta posición religiosa, política, económica y social (pontífices, reyes, jefes de Estado, nobles, personas ricas y poderosas, hombres de estudio); sensibilidad poética; obra de traducción; obra de difusión cultural, obra de construcción, restauración y decoración de monumentos históricos y artísticos; obra de educador, especialmente de la mujer; agraciado con altas distinciones, y transubstanciación de su persona con su diócesis de San Luis Potosí desde 1885 hasta su muerte.

Fue quizás el célebre escritor Gabriel Miró quien en su exquisita novela *Nuestro padre San Daniel* ha hecho uno de los mejores retratos miniatura de nuestro personaje, al asimilarlo con el obispo de Oleza y a esta ciudad con la de San Luis Potosí. Acopió seguramente de lo leído a Menéndez Pelayo y de lo probablemente oído al mismo señor Montes de Oca o a otros personajes en España entre 1916 y 1921, año este último de la publicación de su novela y del regreso del señor a su sede. Tejiendo diversos aspectos de su vida como la “magnífica presencia”, “genio comunicativo”, apuesto caballero que montaba “con la majeza de un prócer andaluz”, y que por consejo del arzobispo tuvo que reducirse a andar en coche “no siendo abrupta la diócesis como no lo era”, nos lleva a la persuasión absoluta de identificación positiva al utilizar el seudónimo Ipandro Acaico (de la Academia Arcadia de Roma)

del señor Montes de Oca. Escribió que en su palacio “trasladaba galanamente al romance idilios y églogas de los bucólicos latinos [...] Rezando el *Angelus* se apagaban las salas, y el buen Ipanandro de Oleza quedábase conciliando, como algunos grandes santos, los autores gentiles con las Escrituras y la Teología”.⁴

Mas para los fines de nuestro estudio nos ocupamos sólo de dos facetas, el orador y el viajero marítimo.

El señor Montes de Oca brilló a lo largo de su vida en las cátedras, en las tribunas y en los púlpitos, con “aplomo y gallardía en el ademán, su impecable dicción y su voz cálida, y sobre todo el fascinante imperio que en el auditorio ejercía”, colocándolo “en el rango supremo de los oradores”, escribió Alfonso Junco.⁵

De su vasta producción oratoria conviene recordar el elogio fúnebre de Juan Ruiz de Alarcón y demás ingenios mexicanos, predicado por encargo de la Academia Mexicana de la Lengua en 1877; el elogio fúnebre de Miguel de Cervantes Saavedra predicado por encargo de la Real Academia Española en San Jerónimo el Real de Madrid en presencia del rey don Alfonso XIII en 1905, con motivo del tercer centenario de la publicación de *El Quijote*, y el discurso de “mantenedor” de los juegos florales celebrados en San Luis Potosí en homenaje a Juan Ruiz de Alarcón y Manuel José Othón en 1913.

En fin, al contrario de la mayoría de los aspectos de su vida, se advierte respecto de la cualidad oratoria del señor Montes de Oca cierta unidad de criterio de aprobación de parte de quienes escucharon su voz viva o lo leyeron. Puede decirse que hay un común denominador de admiración indiscutible. Ahora queda su letra viva y su voz muerta.

⁴ Gabriel Miró, *Figuras de la Pasión del Señor. Nuestro padre San Daniel*, Prólogo de Juana de Ontañón, México, Porrúa, 1980 (Sepan Cuantos... 109), vol. LXVI, pp. 149 y 161.

⁵ Alfonso Junco, “Monseñor Montes de Oca”, *Ábside. Revista de Cultura Mejicana*, México, vol. XXXV: 4 (oct.-dic. de 1971), pp. 436, 441 y 446; José A. Poncelis Vega, “Ipanandro Acaico, señera figura del siglo XIX”, *Cuadrante. Revista de Cultura*, San Luis Potosí, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, vol. II (núm. 304), (invierno-primavera de 1954), pp. 173-239.

Montes de Oca y el mar

Cuando era joven recitó ante Pío IX una estancia “Al mar” y escribió a su padre don Demetrio, habiendo ya viajado bastante, “¡Qué bonito sería darle la vuelta al mundo!”, y que quería regresar de Europa a México “por China y California”. En el Próximo Oriente se bañó en el Mar Muerto y escribió a su mismo padre que “en esas aguas se flota tan bonito”.⁶

Corrió el tiempo, sus viajes se multiplicaron y su amor al mar volvió a crecer con el ímpetu suyo de hombre de tierra adentro. Y antes de regresar de España a San Luis Potosí, a donde llegó muerto en 1921, entre el rey don Alfonso XIII y él se entabló este amigable diálogo:

—Monseñor, ¿recuerda el número de viajes marítimos que ha hecho en su vida?

—Es éste el centésimo—, contestó monseñor. A lo cual repuso el rey con agudeza:

—Merece Monseñor la Cruz del Mérito Naval. Queda prometida.

Debe pues la Corona de España una condecoración a México. Y el Papa Benedicto XV, con motivo del jubileo de oro episcopal del mismo señor Montes de Oca (1871-1921) le concedió la titularidad de arzobispo de Cesárea del Ponto, allá en el Ponto Euxino o Mar Negro, gracia singular que no deja de tener su chispa marítima y sabor del mundo clásico.

Durante su viaje final tuvo dos jóvenes acompañantes: Enrique de la Cuadra, futuro marqués de San Marcial, y Pedro Moctezuma, futuro deán de la catedral de San Luis Potosí. Al primero lo llamaba “Marinerito” y al segundo “Magallanes”. Estas y más circunstancias, muchas de ellas versificadas en su obra poética, dan constancia cumplida de su amor al mar, por lo que es inconcuso, al modo de concluir de los abo-

⁶ Junta Central del Centenario de Menéndez Pelayo, *Menéndez Pelayo y la Hispanidad. Epistolario*, (segunda edición aumentada con nuevas cartas, notas e índices), Santander, España, 1955, *passim*, la primera edición fue de 1951; Joaquín Antonio Peñalosa, *Epistolario de Ípandro Acaico*, introducción, transcripción y notas de..., San Luis Potosí, con el perfil de *Estilo...*, 1952, pp. 94 y 95.

gados, que un amor tan pronunciado no podía dejar de dirigir sus dardos a los mares del Extremo Oriente.⁷

El panegírico

En efecto, la salutación o exordio del sermón consigna al principio estas palabras: “Hoy hace quince meses [ca. noviembre de 1895] terminaba yo la más larga peregrinación de mi vida, arribando a las playas de aquel encantado Japón.” O sea que el mar fue factor de origen y camino del panegírico que nos ocupa.⁸

No sabemos si el obispo fue en peregrinación colectiva o personal, lo cierto es que enfiló hacia Japón en una época en que el “orientalismo” inundaba a Europa y a México.⁹ Basta citar el ejemplo de Oscar Wilde en Inglaterra, recordando los interiores que describe; algunas pinturas de Mariano Fortuny en España; y el viaje de José Juan Tablada a Japón, que había de tener efectos en la poesía mexicana. Por lo cual, a mi parecer, el predicador argumentó en una época de orientalismo que significaba “modernidad”, la antigüedad y solidez de las relaciones de México y Japón selladas con sangre. Es este, pues,

⁷ A lo largo de 24 años hemos visto pinturas, fotografías, manuscritos, impresos, monumentos, etc., vinculados con el señor Montes de Oca tanto en México como en España. Pero son de notar las numerosas conversaciones con don Pedro Moctezuma y Azúa entre 1971 y 1979, y algunas entrevistas con el marqués de San Marcial. Hasta hoy ha sido imposible consultar a Silvino Robles Gutiérrez, “Ipanandro Acaico y el mar”, *Presagio*, León, Gto., vol. III (núm. 8), (agosto de 1940), pp. 19-24.

⁸ Del panegírico objeto de nuestro estudio hemos consultado Ignacio Montes de Oca y Obregón, *Panegírico de San Felipe de Jesús, predicado el 5 de febrero de 1897, en la inauguración del templo que al protomártir mexicano consagra su ciudad natal, el tercer aniversario secular de su martirio*, México, Imprenta de Ignacio Escalante, Hospital Real Número 3, 1897, cubierta, portada, 36 pp. (los títulos de cubierta y portada llevan mayúsculas rojas y el resto a tinta negra), ejemplar consultado en la Biblioteca Nacional de México; y el mismo texto en Ignacio Montes de Oca y Obregón, *Obras pastorales y oratorias de... obispo de San Luis Potosí, doctor en teología y ambos derechos, C. de las RR. Academias Española y de la Historia*, Tomo V, México, Imprenta de Ignacio Escalante, Hospital Real Número 3, 1898, pp. 69-104, ejemplar de la Biblioteca Ricardo B. Anaya de San Luis Potosí.

⁹ Acerca de este asunto puede verse Rosa Vives, “Hokusai como modelo. Precisiones sobre dibujos de Fortuny”, en *Archivo Español de Arte*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Departamento de Historia del Arte “Diego Velázquez” (núm. 261), (1993), p. 23.

un sermón en que soberanamente se habla, entre otros importantes asuntos, del mexicanísimo Churubusco, convento de aquí del sur de la ciudad de México, como centro de irradiación en aquellas lejanas tierras.

El lector advertirá que esta pieza oratoria está distribuida en tres partes más la previa salutación o exordio. En la primera el autor propone el tema, en la segunda lo desarrolla y lo culmina en la tercera o conclusión. El exordio y la última parte son menores, 6 y 5 páginas respectivamente; la primera parte 11 y la tercera 12. Esto es que hay equilibrio en la forma, igual que en el fondo de la obra, pues salta a la vista que el autor preparó y meditó su discurso y lo sometió a la medida pulcra, con el fin de exaltar un vínculo de México y Japón.

El tema está dicho, el martirio de sangre de Felipe de las Casas en Japón en 1597. El autor ofrece una proposición importante, la integración de la figura de Felipe de las Casas con un grupo de 26 mártires, incluido él. Lo cual es acertado, en contraste con la costumbre de aislarlo y presentarlo como si hubiera sido mártir solitario. También ofrece la interesantísima proposición de que, al parecer, la sangre del mártir no fue semilla de cristianos en Japón, conforme al antiguo apotegma "La sangre de los mártires es semilla de cristianos"; pero en México sí, especialmente por la conservación de la fe católica en este país ante grandes contrariedades.

En cuanto al aspecto meramente técnico de construcción del discurso es notable que el autor haya acopiado información adecuada respecto de la historia, geografía, demografía y creencias del pueblo japonés; y que dé noticia de algunas fuentes escritas y de su observación directa de testimonios, siendo de tener en cuenta cierto afán de usar nombres japoneses que bien pueden no concordar con la forma que ahora se considera correcta, pero en aquel tiempo sí. Aparte, salta a la vista su empeño en transmitir entusiasmo, muy suyo, por la pompa y autoridad de los emperadores del Japón, como por adornar el texto con citas latinas.

En resumen, advertimos las siguientes características que distinguen a este sermón panegírico: 1) es un exvoto de acción de gracias del señor Montes de Oca a San Felipe de Jesús por haberlo salvado de un desastre ante las costas de Japón;

2) una alabanza en honor del santo, indiscutible en un panegírico; 3) desagravio a la familia religiosa franciscana por el atropello que sufrió la cuna de la civilización de Nueva España, su convento grande de San Francisco de México destrozado en el siglo XIX y en uno de cuyos fragmentos se alza la iglesia de San Felipe; 4) desafío a los usurpadores de las glorias religiosas de México; 5) petición de unidad de la jerarquía católica mexicana; y, 6) petición y anhelo de martirio.¹⁰

Llega entonces a manos del lector una obra que a cien años de escrita ofrece su vitalidad aun cuando fue creada para conmover a los oyentes.

Observaciones al texto

- p. 71, línea 3, Nagasaki
- p. 77, línea 13, Nagasaki
- p. 78, línea 24, Nagasaki
- p. 80, línea 27, Nobunaga
- p. 81, línea 22, Amaterasu Oomikami, diosa del sol
- p. 81, línea 13, ¿Firando?
- p. 82, línea 10, Kagoshima
- p. 82, líneas 14 y 15, Nobunaga
- p. 82, línea 25, Nobunaga
- p. 83, línea 6, Sátsuma
- p. 83, línea 6 y 7, ¿Nangato?
- p. 85, líneas 14 y 15, Nobunaga
- p. 87, línea 21, Nagasaki
- p. 89, línea 24, ¿Miyako?
- p. 90, línea 27, Nagasaki
- p. 91, línea 11, Mazalbate

¹⁰ No son gratuitas ni retóricas estas observaciones porque hubo, por ejemplo, el caso grave del obispo Sánchez Camacho que apostató en Tamaulipas, José Miguel Romero de Solís, "Apostasía episcopal en Tamaulipas, 1896", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, vol. XXXVII: 2 (núm. 146), (octubre-diciembre de 1987), pp. 239-282; aquí se habla incluso de la sugerencia del arzobispo de Oaxaca, Don Eulogio Gillow, quien escribió al delegado apostólico Nicolás Averardi que se frenara al señor Montes de Oca, cuyas actuaciones calificaba, en ese año de 1897, de "discolerías potosinas", p. 276, nota 80.

- p. 92, línea 10, Nagasaki
- p. 93, línea 11, Nagasaki
- p. 93, línea 24, Nagasaki
- p. 94, línea 7, Nagasaki
- p. 94, línea 27, Nagasaki
- p. 97, línea 1, Kosaki
- p. 97, línea 7, Nagasaki
- p. 97, línea 8, ¿Ibaraki?
- p. 99, línea 1, Nagasaki
- p. 101, línea 14, Nagasaki
- p. 102, línea 6, Nagasaki
- p. 104, líneas 1 y 2, Nagasaki

Por razones ajenas a nuestra voluntad, el texto que incluimos a continuación no se pudo presentar en su versión facsimilar. Es por eso que hemos intentado conservar una Tipografía y un formato lo más parecidos posibles al original de 1898. [N. del E.]

PANEGÍRICO

DE SAN FELIPE DE JESÚS, PREDICADO EL 5 DE FEBRERO DE 1897,
EN LA INAUGURACIÓN DEL TEMPLO QUE AL PROTOMÁRTIR
MEXICANO CONSAGRA SU CIUDAD NATAL, EL
TERCER ANIVERSARIO SECULAR
DE SU MARTIRIO.



*Nescitis quod ii qui in stadio currunt, omnes
quidem currunt, sed unus accipit bravium?*

¿No sabéis que los que corren en el estadio, si
bien todos corren, uno solo se lleva el premio?
I, Cor., IX, 24.

HOY hace quince meses terminaba yo la más larga peregrinación de mi vida, arribando á las playas de aquel encantado Japón, en que fué crucificado nuestro protomártir mexicano. Terribles son en todos tiempos los mares del extremo Oriente. No han perdido su fuerza los ciclones que tantas naves sepultaron en el siglo de Vasco de Gama y Francisco Javier; y la ciencia moderna lo más que puede es predecirlos pocas horas antes, indicar su rumbo probable y enseñar á los marinos, si á tanto llega la rapidez de su barco, á huir de esos terríficos mensajeros de la muerte.

Precisamente, corriendo á todo vapor, delante de uno de esos tremendos huracanes, iba mi nave la noche antes que tocáramos el suspirado puerto de Nangasaki. Aunque le llevábamos considerable ventaja, no era tan-

ta nuestra velocidad que no nos alcanzaran los efectos de lo que suele denominarse el *anticiclón*. Se encrespaban las olas, silbaba el viento, y mientras, por una parte, ofrecía yo á Felipe de Jesús, si me salvaba del peligro, honrarlo de una manera especial en el próximo centenario de su martirio, por otra parte me transportaba mi pensamiento á aquel galeón de imperecedera memoria, que por los mismos mares condujera al santo hace trescientos años á las mismas costas adonde yo me dirigía. Á su bordo quiero también conducirlos antes de entrar de lleno en la brillante epopeya que me toca por dicha narraros este día venturoso.

No os imaginéis ver en él el trasunto de los colosales vapores que hoy surcan el Océano. Aunque una maravilla para aquella época, es comparativamente pequeño, y ostenta no pocos defectos de construcción que lo hacen inseguros en las tempestades. Apenas alcanza noventa pies de largo, y su palo mayor es de igual medida. Á pesar de las críticas que ya empiezan á manifestarse entre los arquitectos navales, todavía sobresalen los enormes castillos de popa y de proa; y ese declive que se ha empezado á poner en las naves mercantes destinadas á las Indias, para que las olas al lavarlas pierdan algo de su ímpetu, no ha podido dársele á su casco por razón de la pesada y numerosa artillería que lo guarnece. Su armazón (ó costillar si me es lícito servirme del término técnico) es muy gruesa, y los medios de manejar el timón aún parecen rudimentarios.

Zarpó del puerto de Cavite, en las islas Filipinas, el 12 de Julio de 1596 con dirección á Acapulco; y aunque hoy estamos á 18 de Septiembre, lejos de hallarse cer-

ca de las costas de México, se encuentra á los 33° de latitud, y el huracán lo va impeliendo constantemente hacia el Noroeste. Casi desde su salida lo han agitado las tormentas, y desviado de su rumbo vientos contrarios, pero esta noche la tempestad ha llegado á su colmo, y aunque experto marino, su Comandante D. Matías Landecho desespera de su salvación. Las velas están hechas girones, las antenas flotan en el mar, ha sido preciso derribar los mástiles, y las bombas trabajan sin cesar, pero inútilmente. Para colmo de desdichas una ola de fuerza irresistible hace pedazos el timón, y llega uno de esos momentos en que hasta los más desalmados marinos, perdida la última esperanza, ponen su confianza tan sólo de Dios.

Oficiales, soldados, tripulantes y pasajeros se postran sobre cubierta, y gritan á una voz como Pedro en el Lago de Tiberiades: *Domine, salva nos, perimus*. Entre los últimos se encuentran dos Religiosos Agustinos, un Dominicano y dos Franciscanos. De éstos, el más joven permanece de rodillas asido fuertemente á uno de los rotos árboles, con la vista fija en el cielo y absorto en profunda oración. Á la luz de los frecuentes relámpagos podría cubrirse su rostro varonil en que se notan las huellas, no sólo de recientes privaciones sino de largas penitencias, y se observa esa finura de lineamientos, esa mirada ardiente, esa nariz romana, esa tez tostada por el sol, peculiares á la raza española modificada en el Nuevo Mundo. Su compañero, mayor en edad, y que se llama Fray Juan de Zamora, ha hablado frecuentemente de la austeridad de aquel joven los cinco años que ha pasado en Manila, en la religión Franciscana.

Allí tomó el hábito el 20 de Mayo de 1591, allí hizo sus votos, y no contento con las penitencias prescritas por las reglas se ha entregado á mayores austeridades, y ha acostumbrado todos los días confesar sus culpas pasadas ante la familia Seráfica. Nombrado enfermero, con los moribundos y dolientes ha practicado tales actos de caridad y de abnegación, como apenas se narran de los santos más insignes, y esto no sólo una que otra ocasión sino durante años enteros.

Por el contrario, los primeros días de la navegación, en que el mar, aún tranquilo, dejaba lugar para chanzas y vanas conversaciones, los soldados decidores se lo señalaban con el dedo, y se narraban unos á otros la historia del joven Franciscano con poco lisonjeras palabras. Es hijo de Alonso de las Casas (decían), rico español de la Ciudad de México, y tiene una madre muy santa, que de Illescas vino á la Nueva España, donde nació este mozo. No es la primera vez que viste el uniforme Seráfico. Ya antes fué novicio en la Puebla de los Ángeles; pero á los pocos meses colgó los hábitos y volvió al libertinaje que lo había distinguido. Por castigo lo mandaron sus padres á China, donde no pocos lo hemos visto llevando la vida de comerciante alegre. Dicen que va á México á recibir las órdenas sagradas y á consolar á su piadosa madre. Veremos si ahora da pruebas de mayor constancia.

Tal pintan los pasajeros y marinos del galeón *San Felipe*, al joven Fray Felipe de las Casas, á quien miramos sobre el puente, absorto al parecer en éxtasis profundo. El mar se ha calmado algún tanto, y desgarrándose un poco los gruesos nubarrones, dejan ver las dos

Osas, y muy particularmente la Estrella polar, resplandeciente más que nunca. Hacia ese rumbo tiene fijos los ojos el Franciscano, y después de media hora de silenciosa oración, se levanta majestuoso, y señalando hacia el Suroeste de la Osa Mayor, "mirad, exclama con voz profética, mirad: no perecerá nuestra nave; muy pronto arribaremos felizmente á las costas del Japón."

Milagro, milagro, exclaman en coro los navegantes, al ver por primera vez el prodigio que Fray Felipe ha estado contemplando hace media hora, y cuyo significado le da á conocer el Señora, como en otro tiempo á los Magos el de la estrella misteriosa, por celestial inspiración. Es una cruz, una inmensa cruz mucho mayor que la constelación que apellidamos la Cruz del Sur: una cruz cuyo brillo pálido y apacible semeja al de la estrella de Venus; pero que después aparece roja, color de sangre, tal como hemos admirado al planeta Marte el último Diciembre, circundada de refulgente aureola y después envuelta en nube negra. Es una cruz, pero no como la de Jesucristo que estamos habituados á ver. Además de los brazos de costumbre, hay hacia los pies otro atravesado, y una pequeña protuberancia en el centro, todo perfectamente dibujado sobre el azul del límpido cielo.

Pasajeros y marinos se regocijan con la celeste visión. Se construye á toda prisa una tabla que supla al timón; se remiendan las velas que aún no ha arrebatado el viento; se tapan los incontables agujeros, y se endereza la proa, no ya á la Nueva España, sino al rumbo que les señala la Providencia. Aún les faltan treinta y dos días de navegación tormentosa; pero caminan alegres en medio de las borrascas, y al llegar el 20 de Octubre á un

puerto de Tosa entonan himnos de gracias á Dios Salvador.

Caminan alegres, sí; pero más que todos Felipe de Jesús de las Casas, á quien Dios ha revelado sus altos destinos. Sabe que le espera el martirio sobre una cruz semejante á la que ha visto en el cielo: el martirio, recompensa suprema á que aspiramos cuantos corremos en el estadio de la vida, pero qué á muy pocos concede el Señor: el martirio que han buscado afanosos Francisco Javier y sus compañeros en religión y trabajos Apostólicos, pero que Dios en sus altos designios le ha negado para darlo á Felipe de Jesús, que no lo busca, y á unos cuantos compañeros llegados ayer. *Omnes quidem currunt, sed unus accipit bravium.*

Narraros las peripecias de ese glorioso martirio, es lo que me propongo en mi discurso, menos breve que de ordinario. No me neguéis vuestra benévola atención. Es tan interesante la historia y tan brillante á pesar de los puntos negros que no dejaron de ofuscarla, que la sublimidad del asunto suplirá á mis deficiencias. Además, si la Virgen Santísima nunca me ha rehusado su ayuda, con mayor razón espero que me asista en este memorable centenario. Invocadla conmigo, saludándola con las dulces palabras del Ángel.

Ave María.

I

No hay comarca del extremo Oriente cuyo nombre sea tan conocido en México como el Japón. El único santo nacido en nuestra patria que haya merecido los honores de la apoteosis que Roma tributa á los héroes cristianos, fué á buscar el martirio á aquellas remotas islas; y esto las ha hecho populares no sólo entre los doctos y literatos, entre los comerciantes y viajeros, entre los geógrafos y astrónomos, sino también entre la indoc-ta plebe y los más humildes indígenas.

Hasta hace algunos años la jaculatoria *válganme los santos mártires del Japón*, era tan común entre nosotros como las invocaciones á Santiago ó San Jorge en España y en Inglaterra; y aun los niños repetían la historia de la crucifixión de San Felipe de Jesús y de sus veinticinco compañeros. ¿Quién no recuerda la pintoresca procesión que el 5 de Febrero de cada año salía de la contigua iglesia de San Francisco y recorría las principales calles de la Capital? Aún me parece ver la imagen del joven Felipe de las Casas, representado primero como seglar, luego como novicio del orden Seráfico, después navegando en el famoso galeón, y por último, crucificado en la colina de Nangasaki y atravesado por tres lanzas. Su memoria, algún tanto borrada por las vicisitudes de los tiempos, ha revivido desde que emprendedor

y generoso sacerdote empezó á edificar esta suntuosa basílica, y hoy nos permite el cielo ser los pregoneros de sus glorias al consagrársele su magnífico templo y altar, en el tercer aniversario secular del inolvidable martirio.

¿Qué cosa es el Japón? ¿Cuál es su historia? Preguntas son estas á que es preciso responder, aunque en breves palabras.

Consta el Japón de un grupo de islas, situadas allá en la extremidad Noroeste del Océano Pacífico, cerca de la costa oriental del continente Asiático. Se hallan entre los paralelos 54 y 24 de latitud Norte, y entre los meridianos 156 y 122 al Este de Greenwich. El Archipiélago comprende cuarenta islas grandes y una multitud de isletas, cuyo número se hace subir á ocho mil. Á éstas hay que añadir la grande isla de Formosa, con las adyacentes, cedidas al Japón por la China después de la última guerra. La isla mayor está en el centro, y es lo que podemos llamar *tierra firme*: en ella se encuentran la Capital y otras importantes ciudades, que tendré que mencionar en mi discurso. Al Sur está Kiushu (ó sea las Nueve Provincias) que después de aquélla, es la primera por su extensión y el número de sus habitantes y que contiene la bahía y ciudad de Nangasaki, célebres en la historia de la Iglesia, y regadas casi tanto como Roma, con la sangre de incontables mártires. La población total (sin comprender las nuevas adquisiciones, pasa de 40.000,000 en un territorio de 147,063 millas inglesas, siendo la proporción de 271 habitantes por milla cuadrada.

Con respecto á su historia, no os pese oír ante todo á

en las Indias su victoriosa bandera, y la dinastía japonesa conservaba su prestigio y su poderío, sin aumento ni mengua; y así la encontró la primera nave de Portugal que, á mediados del siglo XVI, se atrevió á arribar á tan remotas playas, con el célebre Méndez Pinto.

En tan larga serie de soberanos no era posible que fuesen iguales en todos el talento, el espíritu militar, el dón de gobierno. Llegó necesariamente el momento en que, á semejanza de D. Juan II, de Felipe IV ó de Carlos IV, necesitaron de un Álvaro de Luna, de un Conde-Duque de Olivares, de un Príncipe de la Paz, que los aliviaran del peso del gobierno. Pero en el Japón no fué transitorio como en éstos el poder de los favoritos. El primero que lo compartió con el Mikado quiso que su cargo se transmitiera á sus descendientes, y lo consiguió de tal suerte que, durante siete siglos, al lado del Emperador gobernaba el *Shogún* ó generalísimo, ejerciendo un mando tan absoluto, que se formó en el extranjero la idea totalmente errónea de que en el Japón había dos Emperadores.

En esta segunda dinastía de *Shogúns* tuvo que suceder como con la línea de los *Mikados*. No todos eran de igual capacidad, y una que otra vez tuvieron que ceder gran parte de su poder á una tercera persona, que á los ojos del extranjero aparecía como el verdadero soberano. Tal acaeció, y precisamente en la época de la llegada de los portugueses, con Nobunanga, á quien pudiera nombrarse como al célebre Conde de Warwick en Inglaterra, el Hacer de Reyes. Sin serlo él mismo, hizo y deshizo *Shogúns*, y gobernó en realidad en lugar de éstos y los emperadores. Á él se debió en gran par-

te la introducción del cristianismo, y después de su trágica muerte heredó el poder su más celebre general, Hideyoshi. Éste lo acrecentó, y después de llevar la guerra á la Corea, aspiró á la soberanía real y efectiva de toda la China y del Archipiélago Filipino. Sus grandes victorias y su pericia le valieron, como á Gonzalo de Córdoba, el glorioso renombre de *El Gran Capitán*, ó sea *Taiko-Sama*; y con este apelativo se ha hecho tristemente famoso en la historia de los perseguidores de la Iglesia, habiendo tomado los extranjeros el título por el nombre propio, y dándole erróneamente el dictado de Emperador. Yerran igualmente al llamar *reyes* á los señores feudales de Bungo, de Firando y otras provincias, como á menudo leemos en las historias de San Francisco Javier, ó de los santos mártires que hoy celebramos. No es cierto que hubiera en el Japón muchos reinos. Lo que había era una nobleza poderosa, como lo fué por mucho tiempo la de Castilla y Aragón, y un sistema feudal muy semejante al que en Alemania constituyó á los Barones en verdaderos soberanos, con tierras y castillos, y vasallos y ejércitos.

Con un monarca que reclamaba por abuelo nada menos que al sol; con una patria que se creía de origen divino, natural era que profesara el pueblo japonés una religión suya propia, y que desechara todo culto extranjero. Tal era la religión llamada hasta hoy día *Shintoismo*, que por una parte halaga la vanidad nacional y por otra es bien fácil en su observancia, no ordenando determinadas prácticas rituales, ni exigiendo nada que implique el menor sacrificio.

No obstante, en el siglo VI la Religión de Buda fué

importada de China, y se aclimató de tal suerte en el Archipiélago Japonés, que aun los Emperadores y la Corte llegaron á profesarla en una época. Á pesar de esta transformación, la de Shinto no dejó de florecer ni de observarse por los patriotas como culto más propiamente nacional; y el enemigo acérrimo que tuvo el Budismo fué Nobunanga, á quien acabamos de nombrar.

Se hallaba éste en todo el apogeo de su poder, cuando en 1549 arribó á Cangóshima el glorioso San Francisco Javier, y con el permiso del Príncipe de Sátzuma, señor feudal de aquella comarca, empezó á predicar el Cristianismo. Lejos de excitar la desconfianza de Nobunanga, se llenó éste de regocijo al ver que ya tenía otra religión extranjera que oponer al odiado Budismo; y á los que trataron de predisponerlo en contra, respondió decididamente: "Treinta y cinco sectas cuentan hoy los adeptos de Buda; ¿qué os importa que una secta más venga á aumentar el número de religiones?" Así la Providencia dispone los acontecimientos *fortiter et suaviter*, para que se lleven á cabo sus maravillosos designios. La unidad y poderío del Imperio Romano en tiempo de Augusto y sus inmediatos sucesores fué ordenada por el Señor para el establecimiento de su Iglesia. Así ahora en el Japón el odio al Budismo de parte de Nobunanga, y las rivalidades y gran poder de los señores feudales, ayudaron eficazmente á la obra de Evangelización de Francisco Javier, quien inspirado de lo alto, supo aprovecharse admirablemente de estas circunstancias para la conversión de los infieles.

¡Apóstol del Oriente! Permíteme que de rodillas te di-

rija la salutación más entusiasta, y te tribute el cordial homenaje de mi más ardiente admiración. La esterilidad comparativa de las misiones actuales en aquel pobladísimo Imperio hace resaltar más y más tus apostólicos trabajos. Con estupor te contemplo predicando impertérrito el Evangelio, en los Señoríos de Sátzuma, y de Nangato, y de Bungo, y avanzando dénodadamente hasta esa Ciudad Santa de Kioto, que los naturales orgullosamente llaman por antonomasia *Miyako*, ó la Capital. Paréceme imposible que tú solo, con un compañero únicamente, puedas bautizar tantos millares y dejar constituidas en sólo tres años tantas cristiandades. Pero el Señor está contigo, y te inspira en las disputas con los sacerdotes de Buda y de Shinto, y te da fuerza para lanzar á los espíritus malignos, dominar los elementos, sanar las enfermedades, resucitar muertos y obrar otros mil estupendos milagros. Él transfigura tu persona, consumida por los trabajos y las penitencias, y da tal virtud á tus palabras y tal dulzura á tus miradas, que ganas los corazones de príncipes y pueblos y los conviertes á la pura religión de Jesucristo. ¡Francisco Javier! ¿Por qué abandonas tan pronto esas Islas donde has alcanzado tantas victorias? ¿No te dice tu espíritu profético que algunas de esas cristiandades por tí fundadas no volverán á ver un sacerdote por años y aun siglos? ¿No ves que por mucho que hagan los compañeros tuyos que vas á enviarles de Goa, no igualará á lo que tú pudieras llevar á cabo con tus milagros, y tu dón de lenguas y tu santidad personal?

Mucho hicieron, en efecto, los compañeros de Francisco Javier. Al estallar en 1587 la primera persecución, los

cristianos pasaban de doscientos mil, el número de iglesias era grande, había colegios y escuelas, y los misioneros, si bien no eran suficientes para mies tan abundante, regaban aquellos campos sin descanso con sus sudores evangélicos. ¡Oh si hubiera entonces prevalecido la táctica que el reinante Pontífice León XIII ha inaugurado en las misiones Asiáticas, de formar desde luego un clero, y aun una Jerarquía indígena, que quite al Cristianismo todo carácter de religión extranjera y se identifique con el pueblo recién convertido! ¡Si al menos durante esos treinta y ocho años de paz y aun protección, durante esa época de gracia para el Japón, en ese momento *psicológico* (como ahora se le llamaría) se hubieran abierto aquellos campos fecundos á los obreros evangélicos de todas las familias religiosas que en aquel siglo de heroísmo suspiraban por que á su celo apostólico se presentaran nuevos horizontes! ¡Si, como en ambas Américas y en el Archipiélago Filipino, hubieran podido libremente acudir los hijos de Francisco de Asís y de Domingo de Guzmán, de Benito y del grande Agustín, y meter la hoz sin escrúpulo en aquellas mieses ya maduras y que estaban á todos convidando con sus doradas espigas! ¡Oh! Quizás ahora contaríamos en el Extremo Oriente con un Imperio Cristiano, donde hoy día vemos al paganismo antiguo y al libre pensamiento moderno, á la barbarie gentílica y á la más refinada civilización del siglo XIX, darse la mano cu funesto consorcio para sofocar al Cristianismo y hacer estériles los esfuerzos de la Iglesia Católica.

Pero muy diverso rumbo tomaron las disposiciones del Sumo Pontífice Gregorio XIII. Quiso que á los her-

manos en religión de Francisco Javier se reservase únicamente aquel campo, y en Breve de 28 de Enero de 1585 prohibió terminantemente á los religiosos de cualquiera otra orden ó instituto establecerse en el Japón en calidad de misioneros. Las circunstancias, al principio tan prósperas de estas cristiandades, muy presto cambiaron, y Sixto V, inmediato sucesor del Papa Gregorio, en Bula expedida en 15 de Noviembre de 1586, permitió expresamente á los Franciscanos de la Provincia de Filipinas el ejercer su apostolado en aquella región, sin necesidad de pedir á nadie su venia; pero esta nueva disposición llegó ya tarde para evitar todos los males causados por un exclusivismo inoportuno.

Era el año de 1587. Muerto trágicamente Nobunanga, tenía el mando del ejército y de los negocios aquel Taiko-Sama de quien hemos hablado. Las rivalidades de los Señores Feudales, que hábilmente explotadas por Francisco Javier y sus primeros compañeros, tanto sirvieron para la difusión del Cristianismo, parece que no lo fueron con igual diplomacia por los que más tarde vinieron. Con justicia ó sin ella, se le figuró al Taiko Sama que los misioneros se apoyaban en algunos Príncipes para arrancar su poder al *Shogún*, y derribarlo á él mismo que á la sombra del primero imperaba. Sin mirar que entre sus mejores soldados y generales contaba no pocos cristianos, fulminó terrible edicto contra la Religión, destruyó casi todos los templos, condenó á destierro á todos los misioneros. Tuvieron éstos que salir del Imperio dejando abandonadas sus greyes; y aunque algunos quedaron, se veían forzados á permanecer ocultos, sin predicar, ni ofrecer en público el divi-

no Sacrificio, ni poder administrar los Sacramentos. No sólo todo progreso era imposible, sino que la obra de Francisco Javier amenazaba quedar reducida á cenizas, después de cuarenta años escasos.

En tan grave conflicto, los afligidos cristianos del Japón recurrieron á los Religiosos de las Filipinas, pidiendo con gritos lastimeros los auxilios espirituales que ya no podían suministrarles los antiguos Padres. Vacilaron aquéllos, temerosos de las censuras fulminadas en el Breve de Gregorio XIII, de la oposición que apoyándose en éste se les hacía. Animó y decidió á los Frailes Menores la Bula posterior de Sixto V, y la orden del Gobernador y Capitán General de Filipinas, quien á instancias del propio Taiko-Samo los envió en calidad de embajadores del Rey de España al Soberano del Japón.

Día de gloria fué para Manila el 26 de Mayo de 1593, en que, revestido de tan alta dignidad, salió de aquel puerto el humilde, pero doctísimo y valiente Franciscano San Pedro Bautista. ¡Héroe denodado! yo te saludo con toda la efusión de mi corazón. Yo te contemplo, no sólo con admiración sino con amor, y te abrazo en espíritu como á mi compatriota, y te considero como *mío*. Naciste en España, es verdad; pero aquí en México, y en Michoacán especialmente, diste á tu alma ese temple apostólico que te llevó derecho al martirio. Con cuánto interés te sigo en la navegación, aplacando milagrosamente más de una vez las recias tempestades, y te veo luego desembarcar en medio de tu lucido séquito, y presentarte al Taiko-Sama en la Capital misma del Imperio, y ganar su corazón, ya por medio de los ricos presentes que le llevas, ya con la entereza de tus dis-

cursos interpretados por tu valeroso compañero San Gonzalo García. Gracias á tu doble carácter de Embajador y de Apóstol, comunicas libremente con los cristianos sin que te comprenda el decreto de proscripción. Merced á tus esfuerzos renacen los templos de sus cenizas, se edifican otros aun en la Capital del Imperio, se vuelve á permitir la predicación evangélica, se levantan conventos de tu orden y se erigen y fundan hospitales en que brilla tu ardiente caridad y te conquista los corazones. Salve mil veces, héroe Franciscano. ¿Á quién debe más al Japón: ¿á Francisco Javier que zanja los primeros cimientos de la Iglesia, ó á tí que la sostienes en el momento de desmoronarse, que la vuelves á levantar ya caída? Merced á tu intercesión muchos de los Padres proscritos pueden salir de sus escondites, y alguno de ellos merece más tarde ser tu compañero de martirio. Merced á tí renace la confianza, cesa la persecución, y aunque no exenta de zozobras y angustias, florece todavía por cuatro años la Iglesia Japonesa; y es tal la paz comparativa de que disfruta, que puede arribar á Nangasaki el primer Obispo á quien es dado llegar á tan remotas regiones: Obispo que, por desgracia, empieza esgrimiendo contra tí propio y tus compañeros el báculo pastoral. Por fortuna, tu humildad muy pronto lo aplaca, y la legitimidad de tu misión, fundada en la Bula Sixtina, lo convierte en amigo tuyo y favorecedor decidido. ¡Oh! ¿Por qué no prolonga el Señor esa tregua á tu habilidad y tu celo debida; por qué sólo cuatro años dura tu fecundo apostolado en los fertilísimos campos Japoneses?

II

En medio de las halagüeñas ilusiones que hacía concebir la restauración del Cristianismo llevada á cabo por San Pedro Bautista, el arribo del desmantelado galeón San Felipe vino á cambiar inesperadamente la situación *¡Inesperadamente*, he dicho? ¡Ah no! La desconfianza en los misioneros, engendrada por la supuesta ó verdadera antipatía de éstos al *Shogún*, no había cesado del todo. La llegada de los Franciscanos había calmado mucho los ánimos, es cierto; pero personas influyentes y malintencionadas no cesaban de trabajar contra ellos, y de sembrar las sospechas en el ambicioso Taiko-Sama. Las relaciones del Japón con los Portugueses de las Indias y los Españoles de Filipinas, habían hecho llegar á oídos de sus próceres las conquistas de los últimos en la Nueva España y el Perú, y más todavía en las mismas Filipinas; y empezaron éstos á temer que los misioneros no eran más que precursores de una invasión armada.

El arribo del galeón vino á confirmar las sospechas. Como iba en el estado lamentable en que acabamos de verlo durante la tempestad, preciso fué descargarlo por completo, y se desplegaron á los atónitos ojos de los Japoneses, juntamente con grandes riquezas que tentaron su codicia, multitud de cañones, de armas de todo gé-

nero, de municiones y soldados que los hicieron temblar por su independencia. Para mayor seguridad, interrogaron al piloto, y éste, creyendo intimidar á sus interlocutores, les señala en un mapa-mundi las inmensas conquistas de España en ambos hemisferios, y corrobora la idea ya existente de que los misioneros sirven para preparar aliados en los países cuya conquista se medita y allanar el camino de la victoria.

Desde ese momento, el exterminio del Cristianismo en el Japón quedó irrevocablemente resuelto. Por misericordia se permitió el regreso á Filipinas á los Oficiales, marineros y soldados del galeón San Felipe. Sentencia de muerte fué pronunciada sin tardanza, contra San Pedro Bautista, no obstante su calidad de Embajador, y contra todos los Franciscanos que le habían ayudado en la predicación del Evangelio, ora fuesen sacerdotes ó legos, pertenecientes á la comunidad Seráfica propiamente dicha, ó solamente al Orden Tercero, ya fuesen extranjeros ya japoneses. Se hicieron las listas de los condenados al último suplicio, y entre ellos se inscribió expresamente el nombre de Fray Felipe de las Casas, el joven Franciscano que acababa de llegar en el galeón, y que había ido á ponerse á las órdenes de su superior accidental en el convento de Kioto ó *Meaco*, como le llaman generalmene los escritores antiguos.

¿Qué arcano encierra la condenación de este mozo, que ni es sacerdote, ni ha predicado el Evangelio, ni aun siquiera viene á ejercer en estas islas su ministerio? Dejan en libertad al Comandante de la nave y á sus soldados, destierran á los otros religiosos, y aun á algunos de los Franciscanos antes venidos, y ¡aprehenden á Fe-

lipe! Años hace que trabajan en el Japón los hermanos de Javier, y suspiran por el martirio, ¡y á ellos se niega mientras que al último que por casualidad ha llegado, se escoge para crucificarlo! ¿Qué arcano encierra esta manifiesta predestinación?

No nos empeñemos en descubrirlo, hermanos míos. El señor distribuye sus dones como le place; y niega sus favores á hombres, al parecer, cargados de méritos, mientras los otorga á otros que han llegado á la viña á la hora undécima, según la expresión del Evangelio. El martirio es una de esas gracias en que se complace el celestial Padre de Familias en mostrar su liberalidad, concediéndolo á quien menos parece mercerlo, y negándolo á santísimos varones que han suspirado por él desde el principio de sus trabajos apostólicos. Con todo, en el orden general de su Providencia, enriquece primero con virtudes á los predestinados al martirio, y los previene con su gracia, para que ellos mismos merezcan el dón, por otra parte gratuito, de dar su vida por la Fe. Tal hizo con nuestro compatriota San Felipe de Jesús; y esa crucifixión por Jesucristo fué no sólo un dón del Señor, sino un premio concedido á heroicas virtudes.

Se le ha creído generalmente un libertino, que ganó el cielo casi por casualidad, convirtiéndose a última hora á semejanza del Buen Ladrón. Yo también participé de esta creencia general, y tuve el valor de manifestarla en Nangasaki mismo, á la vista de la colina consagrada por su martirio. ¡Perdóname, oh Santo! La sola comparación de algunas fechas me ha sacado de mi error, y quiero, igualmente, convencer á mis oyentes de que ha sido falsa la opinión popular.

En efecto; sólo *quince* años contaba, cuando tomó por primera vez el hábito Franciscano, en Puebla de los Ángeles. ¿Qué tiempo material tuvo este niño para entregarse á los vicios? Los grandes crímenes que afligían á sus padres eran, según leemos en su vida, que trepaba á los árboles en busca de nidos de pájaros, ó se exponía á caer en profundos barrancos, corriendo en pos de mariposas, ó de cuando en cuando venía á las manos con otros niños. Dejó á los pocos meses el hábito, que sin madura deliberación había tomado. ¿Arguye esto, por ventura, punible inconstancia, en un mozalvete que aun no cumple los dieciséis? Lo envían sus padres á China por castigo; pero notad que tan cristianas y timoratas personas, no lo mandan tan lejos, sino sujeto á mercaderes serios y bien intencionados, y de ninguna manera dueño de sí mismo, ni en situación de hacer el papel del *hijo pródigo*. En prueba de ello cuando, tres años más tarde, volvió á tomar en Manila el hábito Seráfico, los pecados de que dió en acusarse diariamente ante la comunidad eran tales, que podían oírlos sin estremecerse, ni marcarle el alto, aquellos piadosísimos varones. Por el contrario, en los años que transcurrieron desde el 20 de Mayo de 1591 hasta el 12 de Julio de 1596, en que se embarcó en el famoso galeón, edificó á aquella comunidad de santos con sus heroicas y constantes virtudes. Éstas, sin duda, le merecieron el martirio. De otra suerte ¿cómo desvió la Providencia su rumbo á tal grado, que la nave destinada á Acapulco fué á arribar al Japón? ¿Cómo él solo, entre todos los que navegaban á bordo de la misma, fué el escogido para acompañar en el martirio á los otros Apóstoles que ya habían anun-

ciado la Buena-Nueva en aquellas islas? ¿Cómo á él antes que á nadie, se mostró la visión, la noche de la tempestad, y á él solo descubrió el cielo su significado?

Pocas semanas le tocó permanecer en el Japón antes de consumir el martirio; pero aun en este breve tiempo edificó con su santidad las comunidades de Ósaka y de Kioto, ante las cuales le tocó vivir y ejercer el apostolado. Con Pedro Bautista y demás Franciscanos, fué aprehendido el 8 de diciembre de 1596; y durante su prisión y el larguísimo viaje á Nangasaki, lejos de mostrar la debilidad del recluta ó del neófito, dió á sus más antiguos compañeros lecciones de heroísmo y de fortaleza, y se manifestó a todas horas esforzado veterano. De esta prisión, y del viaje tan inútil como cruel á que sujetaron á los mártires, permitidme daros algunos por menores.

Notad, ante todo, que la persecución aun no era general. Se condenó á muerte simplemente á los predicadores del Evangelio, y á los que les habían ayudado en su predicación; pero de ninguna manera se proscribió el cristianismo. No sólo, sino que se hicieron muchas excepciones, ya sea por motivos particulares, ya sea por temor á los cristianos, que habían llegado á ser muy numerosos, como lo prueba el hecho de que algunos años más tarde se levantaron en armas contra los perseguidores. Limitada, por consiguiente, la persecución a los Franciscanos y á algunos de los del Tercer Orden que les servían de catequistas y auxiliares, se encontraron en una posición excepcional en la Historia de la Iglesia, sufriendo, sí, tormentos y oprobios, pero recibiendo al mismo tiempo auxilios y estímulos de los cristianos,

que con ellos comunicaban sin dificultad. Los primeros días de la prisión, desde el 8 de Diciembre hasta después de las fiestas de Navidad de 1596, los pasaron en sus conventos de Kioto y Ósaka, administrando los sacramentos, celebrando con solemnidad los divinos misterios, salmodiando como de costumbre, y preparándose para la muerte

Cambiaron las circunstancias al entrar el año nuevo, en que después de haber pasado algunos días en la cárcel pública, se determinó que su crucifixión había de ser en Nangasaki. Es fácil el camino por mar. Hoy día se hace en pocas horas; aun entonces era cuestión de breves días. Pero se dió orden que á los mártires se les llevase por tierra, paseándolos primero por las ciudades principales del Imperio, y cortándoles previamente las narices y las orejas. Algo mitigaron los ejecutores esta orden, limitándose á cortar la punta de una oreja á cada prisionero; pero aunque poca la sangre derramada, enardeció á los soldados de Cristo, y más que á nadie al mexicano Felipe de Jesús, quien corría de un lado á otro mostrando con gozo su herida é infundiendo valor á sus compañeros.

¡Quién pudiera narrar uno á uno los episodios de la piadosa Odisea de Kioto á Nangasaki! Haciendo á los mártires ya avanzar, ya retroceder, ya alargar el camino, se les obliga á recorrer una distancia de trescientas leguas, ya en malos rocines, ya á pie, ya en carretas cuando se les pasea por el interior de las ciudades, ya en un mal batel cuando hay que cruzar el estrecho de Shimonoseki. Un mes entero dura la peregrinación. Los siguen multitud de cristianos, aliviando en cuanto es posible sus

padecimientos, llevando las cartas que escriben San Pedro Bautista, San Martín de Aguirre y San Pablo Miki, y que nos ha conservado la historia, envidiando la suerte de los prisioneros y procurando agregarse á su número, como lo lograron dos en el camino.

Despunta la aurora del 5 de Febrero de 1597. La gloriosa caravana se encuentra ya á pocas millas de Nangasaki, en la aldea de Urakami, cuyos habitantes se harán célebres por saber conservar el cristianismo, sin sacerdocio ni jararquía y en medio de las más fieras persecuciones, durante tres siglos. Con ligereza y alegría emprenden esta última jornada rehusando los alimentos que vienen á ofrecerles los cristianos, y confortados con la presencia de los Padres Pasión y Rodríguez, que salen á encontrarlos de la vecina ciudad. Como los Padres de la Compañía de Jesús han sido exceptuados de la persecución, fácil es á estos dos sacerdotes obtener el permiso de administrar á los mártires el sacramento de la penitencia. Á pesar de la excepción, uno de sus religiosos, San Pablo Miki, ha sido aprehendido juntamente con los Franciscanos, y á éste acompañan, también condenados á muerte, dos japoneses agregados á su servicio, á quienes en este último trance se admite á los votos religiosos, aumentándose así con dos héroes el martirologio de la Sociedad.

Van á sonar las diez de la mañana. Ya llegaron los mártires á la colina frente á Nangasaki, donde van á ser ajusticiados. Tendidas en el suelo, se ven veintiséis cruces de diversas dimensiones, y un gran número de verdugos las custodian armados cada uno de varias lanzas, y provistos de anillos de hierro y lazos en abundancia.

Á su vista palpitan de gozo los corazones de los atletas de Cristo; y el mexicano Felipe, adelantándose á todos se abalanza á su cruz, y la saluda con más efusión, si es posible, que el Apóstol San Andrés cuando abrazó la suya en las riberas de la Acaya. "Bien te reconozco (le dice en voz baja), eres la misma que se me presentó en el cielo la noche de la tempestad. Salve (exclama luego con acento sonoro), salve, cruz preciosa en que espiró por mí el Redentor del mundo. Salve, cruz sacrosanta, símbolo glorioso de la alianza entre Dios y los hombres. Oh afortunado galeón San Felipe, que me has procurado la dicha de morir por mi Salvador. Dichosa tempestad, naufragio feliz, que para mí lejos de ser naufragio ha sido fuente de eterna bienandanza. Ya no recibiré el sacerdocio en mi patria y de manos del Prelado de México. Jesucristo mismo va á conferirme sobre la cruz un sacerdocio de sangre. ¡Felipe de las Casas! llénate de regocijo, salta de gozo. ¡Cuándo soñaste merecer tanta dicha? Dentro de breves instantes volarás á tu Jesús á recibir de sus manos la palma del mártir, y á que te ciña la corona del triunfo."

La cruz Japonesa, más bien que instrumento de muerte, sirve de potro para que se atraviere el cuerpo del ajusticiado con una ó más lanzas. Tiene, además de los brazos, un sostén para los pies y una especie de asiento en el centro. No con los clavos sino con argollas de hierro y con lazos se sujeta al paciente por el cuello, los pies y las manos. Esta operación se practica tendida la cruz en el suelo. Se levanta luego, se deja caer en el agujero, y se afirma con cuñas de madera ó de piedra. Antes de extenderse los héroes sobre las cruces, á una se-

ñal de San Martín de Aguirre callan todos y suspenden sus preparativos, mientras él, á nombre y por orden de su glorioso jefe San Pedro Bautista, dirige á los circunstantes conmovedor sermón en lengua japonesa, arenga sublime del guerrero á sus pacíficas tropas, exhortación divina á los mártires, increpación suave al par que enérgica á los perseguidores. Se entregan luego en manos de los sayoneses, y en un momento se eleva ese bosque de cruces y crucificados, más preciosos que cuantas selvas puede presentar el Norte de Europa, ó que las florestas vírgenes de la recién descubierta América.

Antes que hablaros de la última batalla y del glorioso triunfo, pasemos revista al brillante ejército de atletas de Cristo. Lo han ordenado de antemano los perseguidores, y tiene su centro y sus dos alas desplegadas, como toda hueste bien dispuesta para la lucha. Forman el primero los seis Franciscanos. Allí se divisa San Pedro Bautista, y á su derecha sigue San Martín de Aguirre, varios años profesor de altos estudios en nuestro convento de Churubusco, y junto á él ocupa el lugar más conspicuo nuestro Felipe de Jesús. Viene después Gonzalo García, nacido en las Indias Orientales, y uno de los primeros venidos al Japón, y á su lado está el sacerdote Fray Francisco Blanco, español, pero ordenado en México y discípulo, también en Churubusco, de San Martín de Aguirre. Por último, notamos al anciano lego fray Francisco de San Miguel.

Forman el ala derecha diez Japoneses, de diversas edades y condiciones; seglares, pero todos terceros de San Francisco, y cooperadores de los misioneros en la predicación del Evangelio. Descuella entre todos valeroso niño

de catorce años apenas, Santo Tomás Cosaqui, cuyo padre lo acompaña también en este calvario, y está crucificado en el centro del ala izquierda. Ésta, que mira hacia el Oriente, es variada en extremo, y puede considerarse como figura de la Iglesia, *circumamicta varietatibus*. Después de San Pedro Bautista, vienen dos niños de doce y once años respectivamente, Antonio de Nangasaki y Ludovico Ibarky; y después de otro joven catequista se hacen notables las tres sotanas negras de los miembros de la Compañía de Jesús. Sigue el padre del joven Tomás que hemos visto en el ala derecha, y cierran la falange otros tres japoneses, dos de ellos los que se agregaron á los mártires en el camino. En medio de esta bella cohorte, precisamente entre Gonzalo García y Felipe de las Casas, se eleva una lanza larguísima con un cartel en que está escrita la sentencia de muerte, la gloriosa sentencia que los constituye mártires de Cristo, declarando paladinamente que su único crimen es haber predicado el Evangelio. De un lado y otro de la misma están los Padres de la Compañía de Jesús, Juan Rodríguez y Francisco Pasión, auxiliando á los heroicos moribundos.

Nunca, como esta vez, se han verificado tan cumplidamente, hasta en los más insignificantes pormenores, las palabras de San Pablo, *omnes quidem currunt sed unus accipit bravium*. La cruz de San Felipe de Jesús no quedó bien ajustada á la medida del cuerpo, y apenas se le levanta del suelo, siente que la argolla que tiene al cuello lo estrangula, no alcanzando los pies al atravesano de abajo, y quedando el cuerpo con todo su peso suspendido de aquélla. *Jesús*, exclama al sentirse morir; *Jesús*, repite segunda vez; *Jesús*, reclama de nuevo

dulcemente, y al oírlo acuden los verdugos y con tres lanzas le atraviesan el pecho, antes que muera simplemente sofocado. Así es que el último llegado al Japón es el primero que recibe en el cielo la palma y la corona del mártir. Así resulta que el joven que se encaminaba á la patria, desviado su rumbo por la mano de la Providencia, viene á ser el primer mártir nacido en la Nueva España, y el primero también que en el Japón da la vida por Jesucristo.

Entra al cielo, atleta glorioso, y recibe no sólo tu propia corona, sino la de tus veinticinco compañeros, á quienes las irás distribuyendo por turno. Tú eres el primero después de Felipe, bienaventurado Francisco Blanco. *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, exclama el mártir al ser atravesado por dos lanzas. Le sigue su maestro Fray Martín de Aguirre, quien clama lleno de regocijo: *alabad al Señor todas las naciones de la tierra*. Fray Gonzalo García, que antes de entrar en religión había vivido mucho tiempo en el mundo, se olvida de que es mártir, para acordarse sólo que fué pecador, y pide perdón al Justo Juez diciendo: *señor, ten misericordia de mis culpas*. Entretanto, Fray Francisco de San Miguel, al ver brillar las lanzas junto á su pecho, invoca á la reina de los cielos saludándola con las palabras del Ángel: *Dios te salve, María, llena de gracia*.

Sólo queda de los Franciscanos San Pedro Bautista, á quien, como á la madre de los macabeos, reservan los verdugos para el último. Mientras de un lado y otro continúa la matanza, el Hermano de la Compañía, Pablo Miki, se pone á predicar cual San Andrés, desde la cruz, y sigue luego una escena tan bella, que no puedo renunciar á describirla.

En el viaje de Ósaka á Nangasaki, había prometido San Pedro Bautista al niño Antonio, que una vez en la cruz, entonaría el salmo *Laudate pueri Dominum*, para que lo cantasen en coro antes de morir. Le recuerda ahora su promesa el joven martir; pero absorto en santa contemplación el venerable Padre, parece no escucharlo, y entonces el mismo Antonio, con voz armoniosa, que resuena más dulce en virtud de las circunstancias que lo rodean, canta desde la cruz: *Alabad, oh niños, al Señor.— Alabad el nombre del Señor, laudate nomen Domini*, continúa el niño Ludovico, crucificado á su lado; y allá, á lo lejos, desde el centro del ala dercha, contesta con melodioso canto el jovencito Tomás: bendito sea el nombre del Señor, desde este instante hasta el fin de los siglos: *sit nomen Domini benedictum, ex hoc nunc et usque in saeculum*. Así continúan el precioso salmo de David, cantando sus versos alternativamente en sublime concierto de celeste armonía, hasta que las lanzas de los sayones cortan la voz en la garganta de estos ángeles de la tierra.

Ya sólo queda el embajador de Filipinas, el segundo Apóstol del Japón, el Comisario San Pedro Bautista, que ha muerto veinticinco veces, al ver morir á cada uno de sus hijos y compañeros. ¡Felipe de Jesús, primer mártir y distribuidor de coronas! ¡Qué tardas en colocar sobre las sienes de tu heroico jefe la guirnalda que le corresponde? Ya llegan los sayones, ya brillan las lanzas, ya penetran por el pecho, ya salen por la espalda. ¡Qué tardas, oh Felipe de Jesús? Corónalo, corónalo... y reserva una palma para alguno de los siervos que hoy te invocamos.

III

El célebre dicho de Tertuliano: *martyrum sanguis, semen christianorum*, ha llegado á ser un axioma, que casi parece herejía para poner en duda. Permitidme, no obstante, que os pregunte: ¿también la sangre de los veintiséis mártires japoneses fué simiente fecunda de cristianos, que germinara y produjera ciento y mil por uno como la derramada en el anfiteatro Flavio ó en derredor de las catacumbas? No quiero negarlo, pero tampoco me atrevo á afirmar que en el Japón al menos tuviera su acostumbrado verificativo. Voy á exponeros brevemente los hechos, y vosotros resolveréis.

Á la persecución parcial, y si así puedo llamarla, *vergonzante*, sucedió la persecución universal y descarada. Se proscribió, no sólo la predicación del Evangelio, sino la profesión misma del cristianismo; y se extendió la prohibición á japoneses y á extranjeros igualmente, llegando el furor á tal grado, que se impidió la entrada á todo cristiano y la salida á todo japonés, no fuera á contaminarse lejos de su patria. Se estableció la inquisición más odiosa, se inventaron tormentos que habían escapado aun á la fecunda imaginación de los perseguidores Romanos, y se prosiguió la obra de exterminio día tras día y año tras año, sin esas pausas ó descansos que tuvo en la antigua

Roma, sino con un furor siempre igual, y que parecía crecer con el número de víctimas.

Los doscientos mil cristianos, aumentados al último á trescientos mil, si hemos de creer á algunos autores, fueron quemados ó enterrados vivos por centenares, precipitados de las rocas ó anegados en el mar por millares y miríadas, descuartizados, desollados, hechos pedazos. Cansados de sufrir, treinta mil se levantaron en armas, y se defendieron vigorosamente; pero ayudados por los protestantes holandeses, los vencieron los ejércitos imperiales, y pasaron á todos á cuchillo. Aún se contempla el fúnebre monumento que encierra sus sesenta mil orejas, y las de otros muchos cristianos. Aún se ve á la entrada del puerto de Nangasaki la roca tristemente célebre de donde tantos millares fueron arrojados al mar. Llegó el año de 1624, y de aquellas florecientes cristiandades fundadas por Francisco Javier y restauradas por Pedro Bautista, nada, nada quedaba. Sólo se veía sobre indeleble lámina el fatídico decreto que hasta hace treinta años estuvo en vigor y que todavía puede verse, aunque por fortuna en el museo de antigüedades. Oid sus terribles palabras: "Mientras el sol alumbre la tierra, ningún cristiano se atreva á hollar el suelo del Japón. Y sepan todos que si alguno violare este decreto, pagará tal temeridad con su cabeza, aunque sea el Rey de España en persona, ó el mismo Dios de los cristianos."

Nada, nada quedó de aquellas florecientes cristiandades. Unos cuantos fieles que ni se entregaron á la muerte ni cedieron á las tentaciones de apostasía, se conservaron en la aldea de Urakami y en las islas de Goto, tan ocultos y sujetos á una *disciplina arcani* tan perfecta,

que nadie los pudo descubrir hasta que ellos, después de casi tres siglos, fueron á buscar á los recién llegados misioneros, al cesar la persecución. Un puñado de Holandeses protestantes conservó también sus establecimientos comerciales, pero relegados en la isla de Dés-hima, á la entrada de Nangasaki, y teniendo sus pocos escrupulosos moradores que pisotear la Cruz y otras imágenes en señal de abjuración del Cristianismo. ¡Oh! causa indignación semejante conducta. Aun se miran en el Museo de Tokio esas láminas de ignominia, con las huellas bien claras de las maldecidas plantas que las pisaron.

Con la libertad concedida hace pocos años, la llegada de no pocos extranjeros, el establecimiento de la Jerarquía Católica, el descubrimiento de las cristiandades ocultas, y los trabajos de los misioneros, la Religión ha renacido en el Imperio Japonés. Pero ¡ay! apenas llegan nuestros hermanos á 50,000, perdidos entre cuarenta millones de paganos y con las barreras que opone á las conversiones una falsa civilización basada en la impiedad y en el libre pensamiento, ¿Podemos afirmar con estos datos que la sangre de los veintiséis mártires ha sido semilla de cristianos?

Pero si no lo ha sido en el Japón, sí lo fué en el suelo natal de Felipe de Jesús, segunda patria de Pedro Bautista, de Martín de Aguirre y de Francisco Blanco. Aquí sí fué simiente fecundísima de incontables cristianos, que no han cesado de multiplicarse hasta nuestros días. No han faltado, por cierto, tempestades; pero las ricas mieses han resistido á los más recios huracanes, y ni hielos ni ardores solares han podido agostar las gruesas espigas.

Prueba de ello este templo suntuoso, elevado en honor del más insigne mexicano que haya visto la luz; del único compatriota nuestro ante quien doblan las rodillas Pontífices y reyes, sabios y próceres. No, no se ha apagado la Fe en un país donde se llevan á cabo obras tan colosales y en las circunstancias que han señalado la presente. La mano destructora de la Revolución profanó el más antiguo monumento del catolicismo en nuestra patria, y en la Iglesia que erigieran en otro tiempo los hijos de Francisco de Asís, y fuera cuna de la civilización mexicana, se escucharon en vez de la salmodia religiosa, los ingratos cánticos de la herejía.

Como expiación por esta y otras muchas profanaciones, como desafío á los usurpadores de nuestras glorias religiosas, como desagravio á los despojados hijos de Francisco, se empezó á erigir el templo que hoy inauguramos. ¿Fué gracia de Felipe de Jesús? Aun no se terminaba, cuando el profanado santuario fué restituido al culto católico, y en vez de vibrar en uno y otro notas discordantes, resonarán en ambas Iglesias hermanas los mismos himnos y las mismas plegarias.

Honor al que inició una obra tan grandiosa como patriótica, y la ha llevado á cabo en medio de tantas dificultades y de tantas contradicciones. Gózate, al ver consumada tu empresa, mi buen hermano, y retírate á disfrutar del descanso que tanto has menester. La gloria humana no se ha hecho para tí. Otras coronas te reserva el cielo que no se parecen á las de laurel corruptible que tejen los pobres mortales. Felipe de Jesús te tiene reservada una muy reluciente, y sólo aguarda que tengas la mano para alcanzarla. Se la dió el Señor hoy ha-

ce tres siglos al volar al cielo desde la colina de Nangasaki.

¡Glorioso protomártir del Japón y de México! Lanza una mirada protectora al suelo en que naciste, y ayúdanos en la obra de expiación que en tu honor emprendemos. La causa de casi todas las persecuciones, la ocasión de los crímenes por los cuales nos proponemos desagraviar al Dios tres veces Santo, ha sido la desunión entre los mismos cristianos, la ambición y la codicia de los que debieran ser el desinterés mismo, el espíritu de predominio sobre nuestros hermanos. Haz que la Jerarquía Mexicana forme siempre un solo corazón y una sola alma, que las familias religiosas trabajen unidas en la Viña del Señor, que todos los cristianos de la tierra que te vió nacer se amen los unos á los otros y que la sangre que derramaste hace trescientos años, caiga sobre tus compatriotas como suave rocío de gracias escogidas que nos merezcan el cielo donde nos aguardas.

ASI SEA.

